La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI. Murcia 25 de Febrero de 1894. Núm. 202.

Suscricion: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-trajeta y periódico 1 pta. al mes.

Redaccion y Administracion
MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director.
No se devuelven los originales.
Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

¡Ah!

Esta exclamacion indica que por fin he sabido quien era la mascarita que mi dió broma en la Glorieta.

No se llama Filomena, si no Angeles, y vive en la calle de Santa.... dispénsenme mis lectores si no les digo la calle; es tan bonita y tan hechicera, que temo que alguno llamado por la curiosidad, pase por allí, la vea, se enamore, y tengamos algun lance de honor: yo no permito que esa mujer sea de nadie, por ser la que mi fantasia creó.

Ahora desearán saber mis lectores como he podido averiguar quien era. Es en extremo sencillo. Atendiendo á la súplica que la hice el anterior domingo en mi *palique* de que me escribiese, ella ha sido tan complaciente, que el mártes último recibí un perfumado billete, (como diria mi amigo Malvastre) en el cual con mucho ingènio y humorismo, me expresaba lo agradecidísima que estaba a mi humilde personalidad.

No publico su cartita temiendo ser indiscreto.

¡Qué mujer Dios mio, que mujer! Ni es alta ni baja, ni morena ni rubia, ni gruesa ni delgada.

Es su tipo seductor; su mirada abrasadora y su boquita es tan mona que cuando se sonrie se queda uno con la boca abierta, saca la lengua, se le cae la baba y exclama:

—¡Ay Angelita, Angelita! no seria usted más; siento por todo mi cuerpo un cosquilleo y un escarabajeo que me dislocan y embelesan.

Si ustedes me hubiesen visto la otra noche hablando con ella en la plaza de San Pedro. ¡Ah! Yo no creia que estaba en la plaza de San Pedro, si no en la puerta del cielo, y que antes de entrar en él, salió Angelita y la dige:

—Yo soy un infortunado mortal que puede ser muy feliz si accedes á mis pretensiones.

—¿Y qué es lo que deseas?

—Vana pregunta; ¿què es lo que yo puedo desear de tí? ¿acaso ignoras mis aspiraciones? ¿no sabes que me robaste la calma? ¿no sabes que desde el dia en que me diste broma carezco de corazon? ¡Ay, Angeles, Angeles, cuan desgraciado soy!

—¿Pero que estás diciendo? vamos, veo con gran sentimiento que tu imaginacion está muy escitada: serenate, no estás bueno de la cabeza; lo que has visto han sido visiones.

—Tienes razon; mi mente está muy estraviada; tu tienes la culpa de ello.

—¿Yo? já, já, já. ¿Pero si no me he disfrazado este año?

—¡Cómo que nó! si me dices en tu carta.....

—Esa carta la he escrito yo, es cierto; pero en nombre de la máscara que te dió broma.

—Pues.. ¿quién fué la que me embromó?

—Fué..... mi criada.

—¡Horror!—exclamé.—Ya mas sereno vì que no estaba en las puertas del cielo, si no en la plaza de San Pedro, que á mi me pareció la misma puerta del infierno.

El castillo de naipes que mi fantasia creò y las ilusiones y esperanzas forjadas por mi mente se derrumbaron en un momento.

La palabra *criada*, me heló el corazon.

RAMON BLANCO.

A mi querido amigo

RAMON BLANCO

En vista de tu firme resolucion expuesta en tu *palique*, publicado en el número anterior, de variar de estado por medio de los indisolubles lazos del matrimonio, voy á tomarme la libertad de darte un consejo para cuando llegue este caso, el cual puede servir tambien para los distinguidos lectores y bellas lectoras de tu digno semanario.

Dicho consejo se puede tomar del siguiente cuento:

Quien quita la ocasion, quita el peligro.

Es un dia explèndido de verano. El cielo está azul como una turquesa, sin que la mas ligera nube empañe su hermosura.

Un sol tropical dora las pizarras de los tejados que parece se abrasan, y convierte los cristales de los miradores en diamantes esplendorosos y refulgentes.

En el fondo de la poblacion se destaca magestuosamente una hermosa torre de gótica arquitectura, que corona una iglesia en cuyos sillares aunque algo carcomidos por el transcurso de los siglos, aun se observan grotescas y caprichosas figuras.

De dicha iglesia salen con sin igual gallardia una enamorada pareja, que acaba de jurarse un amor eterno al pié del ara.

¡Que hermosa pareja!

Despierta la envidia de las gentes, verles tan dichosos, tan felices; ella lleva los lábios encendidos, sus cabellos de oro, rizados y ablucados, su nitido cuello, los colores y las líneas pronunciadas de su belleza, no desvanecen ni en un punto la saliente y principal cualidad que